

Biblioteca-Films

NÚM.
296

La sangre no se despinta

25
CTS.



Charles
Jones

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbarrá, 16

B A R C E L O N A

AÑO VI

APARECE LOS MARTES

Núm. 296

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

BLOOD WILL TELL 1927

La sangre no se despinta

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el simpático cow-boy

CHARLES JONES

.....
Hispano FOX-FILM S. A. E.

Valencia, 280 — BARCELONA
.....

REPARTO

Gil Portes..... CHARLES JONES
Sara Morgan..... KATHERIN PERRY

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



I

Una antigua canción que tuvo origen en las vastas praderas del Arizona, dice:

Entre el vaquero y su potro
jamás existen querellas;
hasta comparten el lecho
a la luz de las estrellas.

Y como afirmación al cantar, aquí tenemos a Gil Peters, valiente muchacho que regresaba a su rancho después de cinco largos años de ausencia, descansando junto a su caballo y a la tenue luz de las estrellas de la fatiga que producen las largas jornadas.

Tumbados en el suelo de la pradera dormían ambos, caballo y caballero, que alguna vez se ha de poner en primer término al alazán, cuando de repente, se despertó Gil y le habló al caballo, cual si se tratase de un ser racional que pudiese entenderlo:

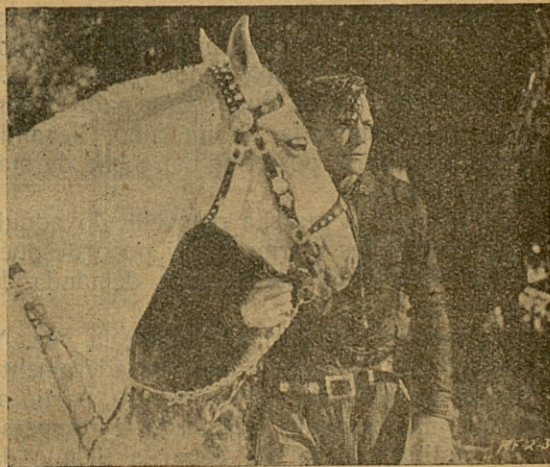
—Aguila—le dijo—; procura que no se me pegue la manta otra vez. Tenemos que madrugar para poder llegar a casa nates de anochecido.

Si el caballo lo entendió o no, no lo aseguramos, pero sí sabemos que la manta se la llevaba él, dejando al descubierto a su amo, quien no conseguía taparse de ninguna manera.

Gil Peters, no fiándose mucho de él, ni de su caballo, había colocado el despertador junto a sí, y después se había ligado un pie a la cuerda que el caballo llevaba en el cuello. Pero sucedió que, como el despertador sonase a la hora conveniente, y fuese el caballo quien se despertara, lo tomó por la boca, lo alejó del durmiente y haciendo un hoyo en la arena lo enterró dentro y después, para consumir la obra, dió un soberano manotazo en tierra, haciendo añicos el despertador que, después de la caricia, había de ser imposible que despertase a nadie.

Un caballo así es una verdadera joya, y Gil Peters, que había sido despertado bruscamente por el caballo, que no había olvidado la consigna, le acarició dándole palmadas en el cuello en agradecimiento a su interés y celo.

Ya enjaezado Aguila, que por lo veloz le cuadraba el nombre, Gil se dispuso a continuar la ruta hacia su casa y para no can-



Ya enjaezado Aguila...

sar al caballo, comenzó andando poco a poco, metiéndose por veredas y atajos para ahorrarse caminata. Gran conocedor de aquellos campos, sabía como nadie los caminos que conducían al poblado en menos tiempo, y bordeando pequeños lomos, escalando alturas de algunos montes, desde cuyas cimas se divisaban todos los contornos, iba pensando en la sorpresa que se iban a llevar sus conocidos.

Açababa de llegar al pináculo de un mon-

tículo, desde el que se divisaba la carretera, cuando oyó el ruido del motor de un automóvil que se deslizaba raudamente por ella. Lo conducía una mujer, que, según pudo observar, iba acompañada de un niño, llevando ocupada la parte posterior del coche de maletas y baúles.

De pronto, la marcha del vehículo adquirió proporciones alarmantes y poco después a sus oídos llegó precisa una demanda de auxilio:

—¡Socorro, auxilio! — insistía la voz. Y el muchacho, creyendo que verdaderamente corrían sus ocupantes serio peligro, partió al galope, monte abajo, dispuesto a romperse una costilla con tal de llegar a tiempo de salvarlos.

El automóvil corría como un demonio, pero Aguila era ligero como el viento y tras una desenfrenada carrera a través de los campos, llegó hasta el coche, se precipitó sobre el estribo y, empuñando vigorosamente el volante, ante el asombro de la conductora, lo desvió, haciéndole subir por una fuerte pendiente, en donde quedó parado.

La muchacha se le quedó mirando, no sin enojo, y le dijo:

—¡Vaya unas maneras de asaltar a los que viajan! Por poco hace usted que nos estrellamos.

—Señorita — exclamó el muchacho—, por

aquí, cuando se oyen tiros o voces de auxilio, se acude a todo galope.

—Pero aquí nadie ha pedido auxilio ni ha disparado tiros...

—Yo le aseguro a usted que he oído a ustedes pedir socorro.

—¡A nosotros!

En aquel momento, un lorito que iba en la jaula, y que había sido el autor de la alarma, repitió:

—¡Socorrooooo!

Gil Peters comprendió entonces y vio su equivocación, con esa risa franca del que tiene tranquila la conciencia. Pidió excusas y la muchacha, sonriéndole también, le dijo entonces:

—Bueno, no importa. Quizá pueda usted decirme si voy bien por este camino hacia el rancho que he comprado.

Gil Peters tomó el papel que le ofreció la joven y leyó:

“Rancho Peters”

Su asombro no tuvo límites. ¡Había sido vendido su rancho, y él no sabía nada! ¿Sería posible?

—¿Lo conoce usted?—preguntó la joven.

—Ya lo creo—exclamó él, repuesto de la primera sorpresa—. Nací en sus inmediaciones, señorita.

—Me alegro de ello, joven, porque así podré volver a saludarle alguna vez, ¿verdad?

—Con mucho gusto, señorita. Y ahora voy a indicarle la dirección que debe usted seguir.

Después que la forastera hubo desaparecido, Gil Peters le dijo a su caballo:

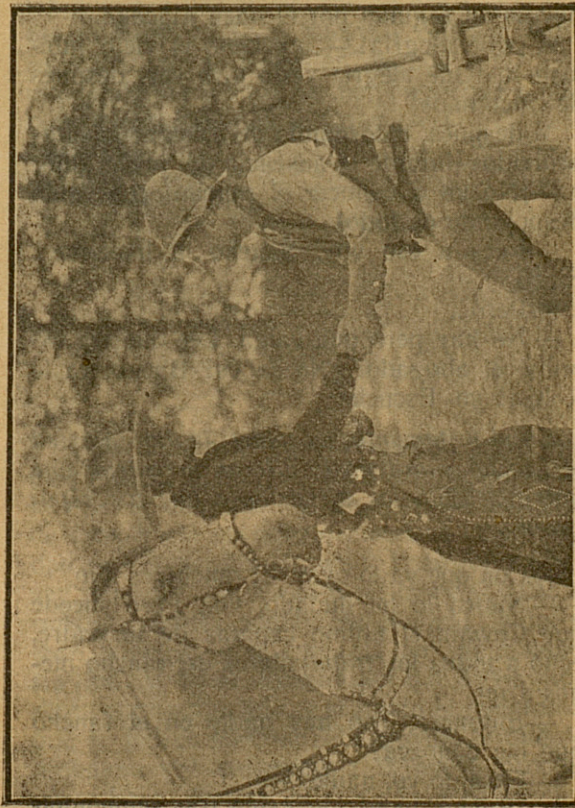
—Aguila, parece ser que uno de tantos estafadores de tierras que operan en el Este, ha vendido a esta damita nuestro rancho. ¿Qué te parece que hagamos?

Y el caballo, que era una verdadera joya en cuestión de entendimiento, manoteó inquieto y partió a todo galope. Pero pronto la presión del bocado sobre la boca lo contrató. Gil acababa de divisar por la carretera un vehículo que tirado por dos caballos, y conducido por una persona que dormitaba, y que le pareció ser Sancho Macako, avanzaba lentamente. Se quedó encaminándolo un momento, y exclamó:

—Sí, es el buen Sancho que hasta dormido vigila. ¡Pero qué cambiado!

Mas su sorpresa, llegó al colmo cuando vió aparecer de improviso a dos foragidos que, revólver en mano, hicieron detener el carruaje.

Observó después y vió cómo se apoderaban del dinero, y sin poder reprimirse más, echó mano a su revólver, apuntó y disparó, haciendo que el bandido soltase la carter. Después picó espuela y mientras los asaltantes huían y Sancho, *lleno de valor*, dispa-



raba al aire, se acercó al coche, seiendo reconocido en seguida por el buen Macako.

—¡Qué alegría! — exclamó el viejo jubiloso—. ¡Qué alegría verlo otra vez, después de cinco años!

Y después, recordando los acontecimientos ocurridos durante la ausencia del joven, dijo:

—¡No va a conocer el rancho! ¡Lo están despojando de todo!

—Pues a eso voy, Sancho, a hacerme... cargo.

—Pero...

—No hay pero que valga. Lee qué me escribió el abogado. ¿No sabes? Bueno, ya te lo leeré yo. Escucha:

En el testamento, su padre, le dejó a usted el rancho y ordenó le dijeran lo mucho que había sentido las discusiones que los separaron.

—Con que ya lo oyes. El rancho es mío.

—Nunca lo he dudado, Gil. Pero sucede que Cowan, el último capataz de tu padre, echó a todos los trabajadores del rancho menos a mí.

—Entonces, ¿no hay nadie en el rancho que me conozca?

—Excépto yo, nadie.

—¡Bueno, bien!—exclamó tras reflexionar un momento—. Ya nos las arreglaremos. Lo primero que hemos de hacer es prestar nues-

tra ayuda a una joven que en estos momentos se dirige hacia el rancho y que con toda seguridad va a necesitar de nosotros. Vamos andando y en el primer lugar que paremos telegrafiamos a Cowan.

II

Jaime Cowan, el capataz que se había encargado del gobierno del rancho después de la muerte de Peters y en ausencia del hijo de éste, hacía su agosto mientras la propiedad se encontraba sin amo. Entre él y Carson, su secuaz y hombre de la peor calaña, robaban cuanto podían del cercado ajeno, y eran temidos en la comarca por su maldad sin límites. En el momento en que se les presenta el primero, leía el segundo el telegrama que le había remitido Gil Peters, y que le ordenaba que entregase a la nueva propietaria, Sara Morgan, el rancho de su propiedad.

Sara Morgan, que ya conocen los lectores, habíase posesionado del rancho que había

adquirido por la suma de quinientos noventa y siete dólares y con su pequeño hermano, hallábase satisfecha de la esplendidez de la comarca. El pequeño Morgán, vestido de *vaquero auténtico*, correteaba por la pradera, cuando de repente, un chotillo recién nacido, le hizo poner los pies en polvorosa. Su hermana que lo vió, salió a recibirlo en los brazos, y le dijo:

—¡Valiente vaquero estás hecho! ¡Mira que asustarte de un ternerillo!...

—Es que me embestía.

—¡Embustero... si te he visto yo!

Era bonita Sara Morgan. Bonita e intrépida, al propio tiempo que poseía un corazón de oro que guardaba todo el cariño que prodigaba a su hermanito. Su belleza había despertado la admiración del capataz quien ya veía en ella presa segura.

—Ahora que la nueva propietaria está aquí—le decía Carson a Cowan—tendrás que ir más aprisa.

—¡Bah, no lo creas!—repuso el taimado—. Me gusta bastante y si ando despacio quizá me quede con el rancho y con ella.

Pero los malvados no contaban con la huésped y la huésped era Gil Peters, que no tardó en aparecer por aquellos andurriales. Llegó Sancho Macako y antes de despedirse le dijo:



Sara Morgan

—Dame el dinero que querían robarte y entra a ga'lope tendido, como si te siguieran los bandidos. No te olvides de que no me conoces.

—No lo olvidaré Gil, pierde cuidado.

Peters entró en el recinto del rancho con

pausado paso y a quien primero vió fué a Sara, y a su hermanito, que corrió a recibirlo.

—Hola camarada—le dijo el pequeño, y Peters, que gustaba de los pequeños, lo tomó en sus brazos y lo colocó a la grupa de Aguila que avanzó cuidadoso.

—Mucho me alegro de que haya venido a visitarnos—exclamó Sara.

—Es un placer para mí ser bien recibido, señorita—pronunció Peters cortésmente—. Y si usted me lo permite, mi visita puede ser larga... Ando buscando trabajo.

—Eso es fácil—manifestó el pequeño—. Yo le convenceré a mi hermana. ¿Qué te parece dar trabajo a mi amigo?

—Por mí, en seguida—dijo la muchacha—. Pero mire, ahí llega el capataz y se lo diremos.

A Jaime Cowan no le gustó el forastero y después de mirarle de arriba a abajo, le dijo a la dueña:

—Tenemos más brazos de los que necesitamos, señorita.

Pero el pequeño estaba dispuesto que a todo trance se quedara su viejo amigo y suplicó:

—Hazlo por mí, Sara. Apuesto a que es un buen vaquero.

No sabiendo negarse a la petición del chiquillo, Sara ordenó:

—Señor Cowan, prepare un puesto en el dormitorio para el señor...

...Williams—declaró Gil.

—Para el señor Williams. Desde hoy trabaja para nosotros.

* * *

Entre tanto, al buen Sancho Macako, los asaltantes, que no eran otros que dos satélites de Cowan, le hacían mil preguntas e indagaban dónde estaban los billetes de los jornales. El capataz llegó y le dijo, después de oírle referir el asalto que con toda ingenuidad contaba.

—Ya sé que eres un héroe—cortó Cowan en seco—; pero ¿dónde está el dinero?

—¡El dinero! — exclamó el buen viejo—. ¡Oh, supongo que se lo llevarían los bandidos!

—Y a tu alma el diablo se la va a llevar si no nos dices la verdad—pronunció Cowan incontenible.

La presencia de Peters contuvo los designios del capataz, que hubiese sido capaz de maltratar al desdichado. Sancho se fué acom-

pañado de dos de los foragidos, mientras Cowan le decía a Carson en voz baja:

—No me gusta el talante de ese forastero. Vigílalo.

Por la noche, obedeciendo a designios preconcebidos, el capataz se puso las mejores ropas que poseía y se personó en el rancho con el propósito de hablar a Sara de sus proyectos matrimoniales. En la casa no había nadie a excepción del pequeño Morgan, quien al verlo entrar y después de haberle ofrecido asiento, se escurrió cual si temiese la compañía de aquel hombre, cuyo aspecto no era nada tranquilizador para un chiquillo.

Al marcharse éste, quedó solo el capataz esperando la llegada del ama, mientras el lorito, repitiendo las frases del chicuelo, le decía:

—Tome asiento, señor Cowan.

Y el irascible carácter del malvado al ver que pretendían burlarse de él, quiso vengarse en el lorito, tirándole el sombrero, quien, cual si se lo hubiesen dicho, le dijo:

—Tome el aire, señor Cowan. Es lo mejor.

.....
Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

III

Mientras al capataz le rabiaba el alma por el desaire, Gil Peters y el pequeño Morgan hallábanse haciendo ejercicios con el lazo. El valiente Peters, muy hábil en toda clase de ejercicios al propio tiempo que gran jinete, adiestraba al muchacho, que con gran interés seguía las lecciones de su amigo y maestro. Mas mientras ellos se dedicaban a algo útil, en el dormitorio, los bandidos, martirizaban a Sancho Macako, empeñado en que les dijera dónde estaba el dinero. Pero él, fiel a la consigna, prefería sufrir la saña de los malvados a descubrir a su amo.

Cowan, se acercó a uno de los asaltantes y le preguntó:

—A ver, explícame lo sucedido.

—Pues verá: yo traía el dinero; pero alguien que no conozco porque no pude verlo me lo hizo soltar de un tiro.

—Aquí pasa algo extraño que yo trataré de averiguar.

Y aunque el fracaso de la noche anterior le había dolido en el alma se presente ante Sara, para darle conocimiento de lo sucedido.

Sara se sobresaltó; aquel dinero le era indispensable para atender a las necesidades del rancho y el robo le causaba un perjuicio considerable. Cowan, que advirtió el efecto que en Sara había producido la noticia, le dijo al taimado:

—La pérdida de los jornales es cosa seria, señorita. El rancho está próximo a la bancarrota.

—¡Y qué hacer, Dios mío!—preguntó ella angustiada.

—Es demasiado duro para una mujer sola el manejo del rancho, señorita Sara. Si usted quisiese yo...

La joven lo miró un instante y después le dijo con expresión de enojo:

—Cuando considere necesaria la ayuda de un hombre, señor Cowan, tomaré un nuevo capataz—y se introdujo en sus habitaciones, dejándolo plantado.

Al buen Sancho continuaban martirizándole para que hablase y recordándolo, el capataz se dirigió al dormitorio.

—¿Ha hablado?

—No, se obstina en hacerlo.

—Pues si se obstina en callar, péguenle un tiro—y dirigiéndose a él, añadió:

—Habla claro o no volverás a hablar más en tu vida.

La ocasión parecía presentársele a medida de sus proyectos, así es que comprendiendo que la falta de dinero le ayudaba, dijo a sus hombres:

—Ustedes, vayan ahora mismo a pedir los jornales atrasados.

Mientras Gil Peters daba la lección al muchacho, que gozaba lo indecible, viendo cómo su *amigo* hacía cuanto quería con el lazo, los trabajadores del rancho se dirigieron en grupo a pedirle a Sara los jornales atrasados.

En vano suplicó ella paciencia, rogándoles que esperasen; ellos obedecían órdenes de Cowan y no se allanaban a lo que les decía.

—Si no nos da el dinero lo lograremos de otro manera.

Pero no contaban con la huéspeda, y en el momento en que iban a poner en práctica sus proyectos, una voz estentórea les contuvo gritándoles:

—¡Manos arriba, canallas! ¡A quien dé un paso más lo mato.

Los vaqueros, impresionados por aquella voz autoritaria y comprendiendo que Peters estaba dispuesto a cumplir la amenaza.

El joven se acercó a ella, mientras tenía encañonados a los malvados y desabrochándose la camisa, estrajo el puñado de billetes

que los bandidos habían querido robar, y le dijo:

—Le prestaré el dinero para que pague a estos canallas. z

Pero en el mismo momento que sacaba el dinero apareció Cowan que, viendo que a Peters se le había caído un documento, lo recogió, comprobando que era el resguardo del banco de donde procedió el dinero. Satisfecho del descubrimiento, se acercó a Sara, diciéndole:

—Este papel da una idea de la clase de préstamo que le hace.

—¿Qué quiere usted decir?—inquirió ella.

—Quiero decir que este hombre es el bandido que le robó el dinero a Sancho.

—Miente, no lo robé—exclamó Peters indignado—. El rancho es mío. Soy Gil Peters, el verdadero amo del rancho.

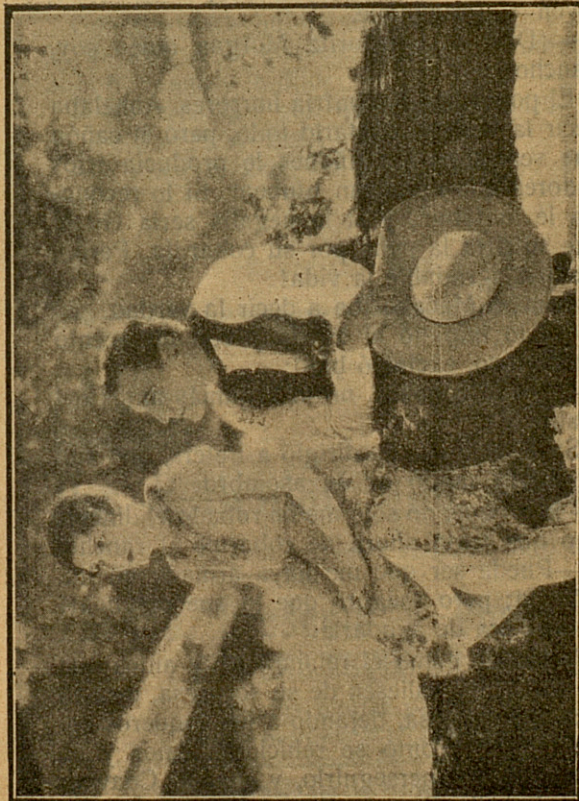
—¡Cómo! ¡Si el rancho es mío! ¡Lo he comprado yo!

—Usted lo ha comprado, señorita; pero no a su legítimo propietario. Sancho probará quién soy. Me conoce de toda la vida.

Se trajo al viejo, pero antes de llegar uno de los malvados, poniéndole el revólver en la cintura, le amenazó:

—Si ayuda al forastero, mi revólver está que se dispara solo.

—Aquí está Sancho—le dijo Sara, que de-



— Usted lo ha comprado, señorita

seaba se comprobaba la inculpabilidad del joven—. Pregúntele.

—¡Dile a la señorita Morgan quién soy, Sancho!

El pobre hombre sufría horrores. Anhelaba decir la verdad, contarlo todo, pero el cañón que sentía en los riñones le producía fríos sudores que le hacían titubear. Si lo reconocía le mataban, y si lo negaba sería Gil el que sufriría la pena por su cobardía. Pero... ¡es tan agradable la vida!

Sancho Macako iba a decir la verdad, pero se lo impidió el miedo y con un acento tembloroso, exclamó bajo:

—No lo conozco, no lo ví jamás antes del asalto.

Sara, confusa, se dirigió a Peters, que aun no había salido de su asombro:

—Con que, no sólo me ha robado el dinero, sino que trata ahora de robarme el rancho.

—Puede ser que me haya armado un lío, señorita; pero aseguro que lo que realmente trataba era de ayudarla.

Y rápido como el relámpago, y antes que los foragidos saliesen de su sorpresa, escapó a campo traviesa, dejando a los vaqueros estupefactos. Pronto se rehicieron éstos y se dispusieron a perseguirlo, y cuando Coawan iba a hacerlo, Sara le dijo:

—Nos ha devuelto el dinero; déjelo marchar.

—Es un facineroso — exclamó el capataz vengativo—. Hay que colgarlo.

Cuando todos hubieron partido en la busca de Peters, el pequeño Morgan se acercó a su hermana y le dijo:

—No creo que sea un bandido, Sara. A mí me parece un buen muchacho.

—Yo así lo creo—murmuró ella en voz baja.

PASO...

¡La Felicidad que llega!

Ya está a la venta el nuevo libro que hacía falta:

Pasado, Presente y Porvenir POR LAS RAYAS DE LA MANO

Según las teorías y experiencias del
sabio profesor **FILONGTENCH**

Ilustraciones del dibujante **BOSCH**

Precio: 30 céntimos

IV

Mientras los foragidos se aprestaban a la captura de Gil Peters, Sara y su hermano habían entrado en las habitaciones con la intención de dejar el dinero que el desconocido vaquero les había devuelto, y cuál no sería su sorpresa al notar que en la caja de caudales había un dinero cuya existencia desconocían todos. El pequeño Morgan fué el primero que adivinó su procedencia y le dijo a su hermana:

—¿Ves? Apuesto a que Gil dejó ese dinero porque sabía que lo necesitabas.

—¿Te gusta a ti?

—Es el mejor de los amigos que he tenido—exclamó el muchacho con convicción.

—También yo lo creo así y espero que sabrá demostrárnoslo.

Mientras tanto, Cowan y Carson tramaban un rapto y robo. Como los otros de la pandilla se hallaban persiguiendo a Gil Peters, que cada vez les alejaba más del lugar del

ranchito, ellos trataban de aprovechar la ocasión de poner en práctica sus proyectos. Penetraron en las habitaciones de la muchacha, después de haber atado a Sancho Macako, y, tras corta lucha, se apoderaron de la muchacha y del dinero que contenía la caja y, después de sujetarla en el cochecillo, partieron satisfechos de la hazaña. Pero el pequeño Morgan lo había visto todo y no desesperó, convencido de que su amigo Peters volvería pronto. Y, en realidad, que adivinaba los proyectos del muchacho. Gil trataba, ante todo, de alejar todo lo que fuese posible a los bandidos, que con tenacidad manifiesta lo perseguían, y tras una carrera veloz, sorteando obstáculos y los peligrosos disparos de aquellas fieras ansiosas de darle caza, consiguió, echándose por un puente al río, ganar la otra orilla mientras los foragidos no cesaban de hacerle disparos.

A fuerza de puños, nadando entre dos aguas y haciendo ver que se había ahogado, consiguió despistarlos, y después, silbando a Aguila, que acudió presuroso a la llamada, exclamó, lleno de júbilo:

—Me parece, compañero, que, por fin, hemos conseguido tener el camino libre—el caballo movió la cabeza en señal de aprobación y continuó el amo:

—Lo mejor que podemos hacer es regresar

al rancho; tengo idea de que Sara nos necesita y es necesario regresar pronto.

A todo galope se lanzó hacia el rancho y cuando llegó, lo primero que se ofreció a su vista fué el pobre Sancho, que, atado y sin sentido, permanecía en el suelo, mientras el pequeño Morgan trataba de reanimarlo.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó.

—Se la han llevado—exclamó el muchacho.

—¿Dónde?

—No lo sé. Cowan y Carson, después de apoderarse del dinero que había en la caja, se la llevaron.

—No te desesperes, que la encontraremos.

Sancho, tras unos momentos, recobró el sentido y sus primeras palabras fueron:

—Me hicieron traicionar a Gil, pero ojalá tengan un castigo ejemplar.

—No te preocupes ahora de eso y dinos lo que sepas, Sancho. Yo estoy aquí para castigar a esos malvados.

—Se fueron hacia las cuevas chinas—dijo el viejo—. Oí a Cowan que se lo decía a Carson.

—Pues tú vete a avisar al sheriff mientras yo voy en su persecución. Llévate contigo al muchacho.

Rápido como el rayo, Gil Peters salió en dirección de las cuevas chinas en persecución de Cowan, que continuaba sujetando a

Sara y fustigando a los caballos. Carson iba detrás, a caballo, vigilando a uno de los foragidos que le habían ayudado en la cobarde empresa, y como ya antes habían convenido en suprimirlo para que el dinero no fuese repartido sino entre ellos dos, a una señal de Cowan le echó el lazo, y después por tierra, dejándolo tendido en la carretera y maltrecho a consecuencia del porrazo.

El carruaje se había alejado un poco, y como Carson era un malvado y llevaba el dinero, pensó que lo mejor era quedarse él solo con todo y que Cowan se quedase con la muchacha. Puso la idea en resolución y, picando espuela al caballo, se dirigió por la parte contraria; pero, apenas habría andado quinientos metros, cuando vió venir hacia él, como una exhalación, a Gil Peters. Retrocedió rápidamente, continuando a todo galope en dirección de las cuevas chinas, pero Peters, mejor montado, fué poco a poco dándole alcance, y cuando estuvo a su altura lo desmontó, arrojándole de la cabalgadura y echándose encima de él, comenzó una lucha que acabó poco tiempo después con la victoria del bravo mozo, que poseía, además de un corazón de oro, unos puños tan duros como la roca.

Vencido el malvado, le despojó del dinero que había robado y continuó la persecución de Cowan, que, poco a poco, había logrado

ganarle gran delantera; pero no desanimó. Estaba seguro de que Sara sufría y la simpatía que desde el primer encuentro le produjo había ido trocándose en cariño verdadero y esperaba llegase la primera oportunidad para decírselo.

Por fin, llegó a las cuevas. Cowan había arrastrado a la infeliz muchacha hacia su interior, que en vano luchó por desasirse de los brazos del malvado. Se sabía presa de aquel foragido, cuyas intenciones, bien claras, las leía en sus ojos y sólo esperaba una oportunidad para escapar de sus manos. Pero Gil Peters no la abandonaba. Una vez en las ruinas, descabalgó rápido, y valiéndose de las sinuosidades del terreno, comenzó la caza de aquel malvado, que al verlo quiso huir, arrastrando en su marcha a la muchacha a través de aquellas galerías angostas y llenas de precipicios. Pero Peters era ágil y pronto consiguió alcanzarlo. Los ojos de la muchacha se inundaron de alegría al contemplar a su salvador y el ánimo volvió otra vez a surgir en ella. La lucha fué enconada; Cowan hacía desesperados esfuerzos para vencer y echaba mano de cuanto hallaba con el fin de acabar de una vez con el hombre que de tal manera se había cruzado en su camino, destrozando todos sus planes. Pero Gil Peters no era manco y salvaba las situaciones más difíciles con su agilidad y bra-



— Si usted quiere, Sara, seremos los dos dueños del rancho

vura, consiguiendo tenerlo a raya y dominarlo. El cuerpo a cuerpo fué fantástico. Peters aporreaba al malvado sin consideración y éste echaba mano de cuantos recursos podía por vencer. Mas era inútil. Cowan era, a la par que cobarde, menos fuerte, y los puños del vaquero iban poco a poco martilleándole la cabeza; por fin, un directo en plena mandíbula lo acabó de abatir, pero en aquel mismo momento los secuaces de Cowan, que habiéndose encontrado en el camino con Car-

son, quien les explicó el peligro en que se hallaba el jefe, llegaron a las cuevas, emprendiendo la caza de Gil Peters, que, vencedor del malvado, se aprestó a la lucha. Sara lo ayudaba, y son tantos los ánimos que infunde una mujer bonita y que a la vez se ama, que Gil Peters se multiplicaba, haciendo frente a los foragidos, Sara le ayudaba, cargándole los revólveres, pero, a pesar del valor de ambos jóvenes, la lucha no podía tener por término sino la derrota de la gentil pareja. Era necesario resistir mientras le quedase un cartucho, por si acaso el pequeño Morgan y Macako acudían con los refuerzos del sherif.

Y así fué. El representante de la justicia llegó, acompañado de gente honrada, y el tiroteo, que de momento fué general, fué poco a poco apagándose, con la victoria de Gil Peters y sus compañeros.

La bondad y el valor habían triunfado una vez más en la vida. De las cuevas chinas salieron los foragidos maniatados para purgar sus innúmeros delitos en la cárcel, mientras el pequeño Morgan y Sancho reían y juguetaban encantados.

Gil Peters se acercó a Sara y le tendió la mano con guerrero impulso, que ella comprendió y, presurosa, le entregó la suya, que el muchacho estrechó fuertemente.

—Y ahora—murmuró la muchacha—le tendré que devolver el rancho, ¿verdad?

—¿Cree usted que yo he defendido la propiedad del rancho?

Y como ella bajase los ojos, continuó:

—No, Sara, no; yo sabía que usted necesitaba de mí y mi obligación era defenderla de los proyectos de Cowan y sus bandidos. Lo he conseguido y usted es libre, porque pagó por el rancho lo que le exigieron.

—Pero si usted...—murmuró ella. Y como no se atreviera a continuar, Peters se le acercó, la tomó las manos y le dijo muy quedo, al oído:

—Si usted quiere, Sara, seremos los dueños del rancho.

Sara no contestó. Se acercó a él hasta reclinar la cabeza en el hercúleo tórox del muchacho y el pequeño Morgan, saliendo de improviso, les empujó el uno contra el otro, con lo cual sellaron con un beso la nueva alianza.

FIN

TANEMANIA

REVISTA
MUSICAL
ILUSTRADA

Números extraordinarios

60 céntimos

- Num. 1 - ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INGLÉSITA. Agustín Irusta.
Num. 2 - EL CARRERITO :: POMPAS DE
JABÓN. Lucio Demare.
Num. 3 - NIÑO BIEN :: AVE NOCTURNA
Roberto Fugazot.
Num. 7 - BARRIO REO :: ALAS
Irusta - Fugazot - Demare.
Num. 9 - LA CIEGUITA :: SILBIDO. Gardel.

Números corrientes

40 céntimos

- Núm. 4 - LA REJA. Marcucci.
Núm. 5 - MIS LO OS SUEÑOS.
Eugenia Galindo.
Núm. 6 - VIDALITA. Bachicha (I.B. Deambrogio)
Núm. 8 - ARRABAL. May Turgénova.
Núm. 10 - LLEVÁTELO TODO. Gilliberti.
Núm. 11 - CARNE DE CABARÉT
Imperio Argentina.

— Pedidos a —

BIBL'OTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

132

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford
Pola Negri
Gloria Swanson
Raquel Meller
Alice Terry
Jacobini
Collen Moore
Laura La Plante
Bebé Daniels
Dolores del Rio
Dolores Costello
Vilma Banki

D. Fairbanks
Ramón Novarro
Charlot
Adolfo Menjou
Lon Chaney
Gary Cooper
Ant.º Moreno
Chiquilin
Luis Alonso
George O'Brien
John Barrimore
Emil Jannings

Lo más selecto del repertorio de estos artistas
figura en el CATÁLOGO GENERAL que
se remite gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona